

E l s a b i o m a n d a m i e n t o **" ¡ N o t e m i r a r á s ! "**

Conviene reparar en un hecho anatómico en el que no es común detenerse. En la parte posterior de nuestro cuerpo, hay áreas que jamás podemos alcanzar a ver con nuestros ojos directamente: de arriba hacia abajo, la espalda toda, los glúteos, la parte trasera de los muslos. En tanto, en la parte delantera del cuerpo, mucho más accesible a nuestra mirada, hay en cambio una única zona que tampoco podremos ver jamás por nosotros mismos; una sola, pero de una importancia psicológica incalculable: nada menos que la cara.

Si queremos conocer nuestra cara, necesitamos recurrir a un artefacto auxiliar, una especie de muleta que nos pondremos delante: el espejo. Si no contáramos con la cooperación del espejo, todos nosotros viviríamos y moriríamos sin haber visto jamás, directamente, el rostro que llevamos.

Esta, que parece una observación trivial, no lo es en absoluto. Está cargada de graves consecuencias. Consecuencias psicológicas en primer lugar; pero habría que decir, también, consecuencias filosóficas. Hasta me parece pertinente preguntarse: ese hecho ilevantable de que estemos condenados a no vernos jamás la cara por vía directa, ¿no estará cargado de un sentido que debiéramos tratar de descifrar?

Porque el no poder vernos jamás la nuca, la espalda, los glúteos, no tiene el mismo peso interior que el no poder vernos la cara. Aquellas áreas es posible que algo trasluzcan de nosotros -como algo traslucirá, supongo, cualquier parte del cuerpo humano-; pero la cara puede decirlo todo. La cara es el área del cuerpo humano que más expresivamente habla del yo que somos. ¡Y jamás lo veremos!

Entonces tengo derecho a preguntarme si la naturaleza, Dios o quien sea que nos "fabricó" tal como somos, no habrá "dispuesto" expresamente que lo principal de nosotros nos quedara vedado. ¿Por qué tanto "miedo" a que nos encontremos con lo más expresivo que poseemos? ¿Qué peligro puede entrañar ese encuentro, ese diálogo con nosotros mismos?, ¿qué daño para nuestra integridad interior?

Quizás por eso, cuando nos miramos detenidamente al espejo, todos tenemos la sensación algo difusa de que estamos realizando un acto no natural. Un acto acostumbrado sí, pero no precisamente natural. Es más: si somos capaces de leer con fineza dentro de nosotros, descubriremos que nos miramos al espejo con una cierta intranquilidad, como si estuviéramos transgrediendo no sabemos bien qué dictados; y hasta puede que veamos aparecer en nuestra conciencia un borroso sentimiento de culpa.

Quizás ello se deba a que ese mandato anatómico fue transgredido. El hombre lo quebrantó. En un primer momento descubrió el espejo -porque de hecho fue un descubrimiento, seguramente sobre una superficie acuática-, y más adelante lo fabricó él mismo con técnicas que fue perfeccionando a lo largo del tiempo.

De tal modo, mirarse al espejo parece tener algo de transgresión, sí. La orden era no mirarnos, pero nos miramos. Nuestro rostro, que debió permanecer por siempre oculto a nuestros ojos, sin embargo apareció. Merced al espejo, pudimos encontrarnos: nuestra expresión, nuestro semblante, las muecas, los rictus, los mensajes de nuestra mirada, los códigos del reír y el sonreír. El misterio guardado tan celosamente por la anatomía, quedó un día develado por la osadía o la inconsciencia del hombre curioso. Semejante descubrimiento, ¿fue para bien o para mal? Quizás convenga examinar qué le pasó al primer hombre que se miró al espejo.

En rigor, no sabemos, ni sabremos nunca, cuál fue ese primer hombre que se encontró con su imagen reflejada, ni a qué civilización perteneció. Bien pudo ser un hombre remotísimo, prehistórico, el que, asomado a alguna agua quieta, viera aparecer allí su cara, con la sorpresa que es de imaginar. Los griegos crearon para este tema, como para tantos otros, un mito que todos conocemos sobradamente: el de Narciso; la historia del hombre que se encontró con su rostro reflejado en el agua; y es una historia que, significativamente, termina de modo trágico. Tal como si Narciso recibiera un castigo por atreverse a quebrantar el mandamiento "no te mirarás".

Repasemos la leyenda, que tiene en realidad dos variantes (¿o tres?). Pero en ellas encontraremos el mismo sentido de transgresión y el mismo desenlace de castigo.

Narciso, como es sabido, era un joven de una belleza deslumbradora, hijo -según el mito- del río Cefiso y de la ninfa Liriope. Había nacido en Tespis, en la región de Beocia. Las ninfas que lo veían, quedaban indefectiblemente prendadas de él; pero Narciso les respondía con desdén.

Un día, el bellissimo adolescente se asomó a una fuente de aguas tranquilas y se encontró en la superficie con su rostro reflejado. Se extasió ante tanta hermosura y él también quedó prendado de ese rostro, sin adivinar que era el suyo. Transportado por la emoción, intentó acariciar esa cara que lo miraba a su vez con arrobamiento, procuró tomarla amorosamente entre sus manos, pero cuando hundía los brazos en el agua, el rostro se desbarataba y le era imposible alcanzarlo.

Desde ese día, retornó muchas veces a la fuente, esperanzado en volver a encontrar aquella cara bellísima, que siempre aparecía no bien se asomaba. Cien veces intentó asirla, cien veces fracasó. Al final se resignó a contemplarla únicamente y se pasaba largas horas mirándose extasiado. Cuenta la leyenda que, hechizado por aquella belleza inalcanzable, Narciso fue languideciendo poco a poco, hasta que al final murió de tristeza y amor. Las ninfas, al enterarse de la muerte de Narciso, acudieron llorando a tributarle homenajes fúnebres; pero se encontraron con que, en lugar de su cuerpo hermosísimo, había una flor no menos bella que en su recuerdo lleva desde entonces el nombre de Narciso.

La otra versión de esta leyenda se le debe a Pausanias, viajero y geógrafo de la antigüedad, que nos legó numerosos testimonios acerca de la vida en Grecia. Narciso -dice esta variante- tenía una hermana gemela, no menos hermosa que él. Pero la hermana murió y Narciso quedó desconsolado por la pérdida. Cuando se encontró con su imagen reflejada en la fuente, creyó que era el rostro de su hermana muerta, y que ésta venía a encontrarse cada día con él. También en esta versión, Narciso retorna una y otra vez a la fuente, prendado de aquella imagen, hasta que -como en el relato anterior- termina languideciendo de amor y finalmente muere.

Podemos hacer tres lecturas (más bien que dos) de este mito trágico. Pero en las tres nos encontramos con dos idénticos componentes: la transgresión y la muerte.

En una primera interpretación, Narciso se enamoró de sí mismo (es ésta, claro está, la versión más difundida), en cuyo caso incurre en auto-erotismo: un desmedido amor por su propia persona. Pero también podría entenderse que Narciso no advierte que esa cara que ve surgir en el agua es la suya propia, ya que jamás la había visto; y pudo suponer que era otro joven el que lo miraba, del que se enamora perdidamente: versión homosexual. Y en la tercera lectura del mito, la de Pausanias, estaríamos ante un amor incestuoso por su hermana.

En cualquiera de los tres casos, lo que encontramos es la transgresión a normas establecidas, a la moral aceptada. Culpa y castigo. El mito vendría a confirmar así el dictado

implacable: quien transgrede el mandato de no mirar su rostro, será castigado.

¿Y nosotros? ¿También somos castigados por mirar nuestro rostro? ¿Lo seremos?

A mí a veces me da por preguntarme si esa especie de mandamiento natural, anatómico, que nos impide mirarnos directamente la cara, no tendrá un sentido aleccionador. Obsérvese que, dado como tenemos colocado el rostro en nuestro cuerpo, nosotros no aparecemos nunca: aparece todo lo demás; aparecen los otros hombres, las criaturas que nos rodean, las cosas que pueblan nuestro contorno, los paisajes que lo enmarcan. De no ser por los espejos, lo único que tendríamos a nuestro alcance sería lo externo, lo que ocurre fuera, pero no el yo, nunca el yo. ¿La anatomía no habrá querido prevenirnos de que el sentido último de la existencia consiste, no en quedarnos apegados al yo, como hizo Narciso, sino en volcarnos fuera de nosotros mismos, hacia el Otro? Como advirtiéndonos que el polo capital de nuestra existencia ha de residir en el mundo, no en el yo; en la otredad, no en el yoísmo.

O acaso también se nos advierta que desmesurar el yo conduce a su aniquilación, como le pasó a Narciso. Es correcto que el yo nos ocupe (nos pre-ocupe), puesto que no tenemos otro patrimonio que ese yo, ni vivimos otra aventura que no sea la de ese yo puesto en el mundo. Pero desmesurarlo, no. Achicar el mundo para privilegiar el yo, eso nunca. Es cierto: vivir consiste en estar el yo **en** el mundo, y **con** el mundo; pero ha de ser un yo que apunte hacia el mundo, hacia lo otro. La lección anatómica lo está proclamando: una anatomía que nos esconde la cara y nos dirige claramente hacia lo externo. Reparemos en la nariz colocada en mitad de nuestra cara: ¿no parece un dedo señalando la dirección que debemos seguir? ¿no nos está diciendo: "hacia fuera, hacia el mundo siempre"?

Pero vino el espejo, la tentación fue invencible y desobedecimos el mandato. ¿Qué nos espera ahora; qué consecuencias trae haber querido mirarnos la cara que la naturaleza nos mantenía oculta?

Cuando nos miramos al espejo, no es la nuestra una mirada furtiva, errática, "aleteante". Al contrario: se diría que anclamos con la mayor fuerza en esa mirada, que quedamos como atrapados por nuestra imagen, y en particular por nuestros ojos. La presencia de nuestro rostro ejerce sobre nosotros una fascinación invencible. Hagamos la prueba: en una reunión, en una conversación entre varios, pongamos un espejo directamente enfrente de cualquiera de los interlocutores, no importa cuál, ni cómo sea su psicología. Lo veremos al instante echar miradas permanentes al espejo mientras habla o actúa. No lo puede evitar; es más fuerte que él. Y en esto no hay excepciones. Nuestro rostro delante de nosotros es un imán irresistible; se convierte en una especie de sol, pasa a ser como el centro magnético del mundo. Así estemos con la persona más atractiva, conversando del tema que más nos apasione, nuestra cara plantada delante de nosotros sobrepuja a todo otro interés posible.

¿Tiene esto algo que ver con la belleza, como en el caso de Narciso? No, en absoluto. Puede que tengamos conciencia de ser feos, feísimos; aún así, quedamos soldados a la imagen que miramos en el espejo (o que nos mira desde él). ¿O será que, aún reconociéndonos feos, estamos enamorados de nosotros mismos y nos deleita encontrarnos allí? Es posible, sí, que nos amemos, pero no creo que resida en ese sentimiento la fuerza descomunal que nos obliga a mirarnos. Pienso más bien que lo que nos fascina -y nos fascina hasta la hipnosis- es la "presencia-ahí" de nuestro rostro, es decir de nosotros mismos. Ahí en esa cara que me mira, que me escudriña atentamente, está afincado el yo, está el que soy. Literalmente estamos cara a cara. La imagen y yo. O más propiamente: yo y yo.

No obstante... ¿será así realmente? Ese yo que me mira, ¿será el yo tal cual es, el yo sin engaños? A lo mejor, esa cara que me mira desde el espejo intenta hacerme creer lo que no es. Me miente, viene disfrazada. Y además (¡qué tormento!), ¿yo miro realmente a mi imagen en el espejo; o es mi imagen la que me está mirando de manera insistente? Y en ese caso, ¿qué busca en mí, qué me pregunta? ¿qué espera que yo le diga? Porque es un diálogo: dialogamos el yo de la cara y el yo de la imagen. ¿Pero será un diálogo? ¿No será más bien un jugar a las escondidas? ¿O una batalla muy secreta, que no entendemos a cabalidad?

Pero además sucede -para despistarnos todavía más- que cuando nos miramos al espejo, asumimos casi siempre una expresión fija, grave. Nos ponemos una cara inmóvil, congelada en una especie de "pose" de invariabilidad. Pero tenemos que aprender que la cara inmóvil es fácilmente engañosa, y que su capacidad de transmitir puede no corresponderse con la cara gesticulante. A veces la cara inmóvil transmite determinada expresión; pero no bien comienza a moverse y llegan los gestos, el contenido que antes trasuntaba cambió por completo.

Los gestos, claro está, son mucho más elocuentes, más reveladores que la cara fija. En la cara inmóvil juegan sólo los rasgos que nos puso la naturaleza; la gesticulación, en cambio, la agregamos en alta medida nosotros, le sobreimprimimos nuestros sentimientos, nuestras reacciones emocionales, nuestras ráfagas instintivas, y por eso mismo presentamos mucho más a las claras lo que nos pasa, y en definitiva lo que somos.

Pero todavía nos falta agregar un alerta: también de la gesticulación hay que cuidarse, si queremos descubrir la verdad última que se guarda en un rostro. Porque la gesticulación puede ser gobernada, manejada a voluntad, al menos hasta cierto punto. Hay personas que en la vida, y sin saberlo tal vez, son excelentes actores o actrices; y como tales, dominan su cara, gobiernan sus gestos, y les hacen decir lo que ellos quieren.

Por eso se debe desconfiar siempre de la gesticulación **tranquila**. Porque mientras el dueño de la cara se siente tranquilo, está centrado, puede gobernar sus gestos. Muy diferente es la gesticulación **alterada**. Si esa misma persona, en determinado momento, llega a alterarse emocionalmente, pierde el control de sus movimientos faciales, deja de gobernarlos y entonces aparecen -transparenten- otras expresiones que, por estar fuera de control, resultan más genuinas, más directas o espontáneas. Es que se le desarmó el aparato de presentarse, se quedó privado de máscaras o de defensas prefabricadas.

Así resulta por demás difícil que podamos llegar hasta nuestro fondo verdadero a partir de una cara examinada en el espejo, por minuciosa que sea la inspección. Siempre nos preguntaremos: ¿pero nos estará mostrando esa cara lo que de veras es?

Sin embargo, ¿cómo pensar que nuestra cara reflejada podría mentirnos? ¿Acaso podría tener secretos para nosotros nuestra alma, plasmada en ese rostro que vemos? ¿Quién se puede conocer mejor que uno mismo? No obstante, ese intensísimo magnetismo que ejerce sobre nosotros nuestra imagen, a mí me hace sospechar que no estamos tan seguros de conocer lo que de veras somos. Quizás todos presentimos que el yo es mucho más de lo que podemos ver a simple vista; ya sea con los ojos de la cara, ya con los ojos interiores. Resulta tremendamente perturbador intuir que somos mucho más de lo que vemos que somos; como si lleváramos vivos dentro de nosotros otros yo, y otras áreas del yo que se nos escapan.

Y algo más angustiante, todavía: ¿no nos estaremos ocultando algo a nosotros mismos, deliberadamente? Nuestra cara en el espejo, ¿no será una máscara que nos ponemos para despistarnos, para impedirnos llegar a la verdad de lo que realmente somos?

Porque tengamos bien presente que el papel de toda cara es doble. Por un lado **expresa** (y es lo más expresivo que tenemos); pero por otro lado puede ser un muro infranqueable. ¿Quién penetra en una cara que se proponga ocultar los sentimientos, el verdadero ser?

Por eso nos miramos tan fijamente en el espejo. Queremos descubrirnos, llegar hasta nuestro fondo. Y encontremos lo que encontremos, siempre nos va a parecer que puede haber más, y que esa cara que nos muestra el espejo nos esconde cosas, o nos las cambia, o nos desvía del blanco debido. Corremos, y correremos siempre, detrás de nosotros, ilusionados con que le vamos a arrancar la verdad última a nuestra cara. Y nuestra condena, nuestro castigo por la transgresión, quizás consista en no poder saber nunca jamás qué sabe de nosotros el espejo, qué se guarda para siempre esa imagen huidiza que nos vemos.

Alguna vez me he preguntado: qué pasaría si mañana, de golpe, se rompieran todos los espejos del mundo. ¿Seguiríamos siendo los mismos? ¿Qué ganaríamos, qué echaríamos de menos?

Pienso que al principio nos sentiríamos huérfanos y perdidos. Tendríamos la sensación angustiada de haber extraviado la pista, el hilo, de nuestro ser más íntimo. Pero también creo que, pasada la desazón inicial, inauguraríamos poco a poco una nueva relación con los demás y con el mundo.

Por lo pronto, deshecha la fascinación de nuestro rostro, aprenderíamos a buscar al hombre en los demás, y eso mismo nos obligaría a hacernos mucho más psicólogos. Para aprender lo que es el hombre, nos volcaríamos hacia los otros, no tanto hacia nuestra interioridad. Les descifraríamos más perspicazmente sus signos, sus códigos expresivos, y así enriqueceríamos nuestra visión de lo humano y conoceríamos más a fondo sus máscaras, y hasta sus muros.

Y en cuanto al conocimiento de nosotros mismos, dejaríamos de hurgar maniáticamente en el propio rostro -que enseña mucho menos de lo que creemos-, y nos buscaríamos en nuestros sentimientos, en nuestras intuiciones; y ello equivale a decir que nos haríamos buceadores mucho más avezados de nuestros mares interiores.

Sin embargo, yo creo profundamente en lo que parece una paradoja: que no es por la vía narcisista del auto-examen como nos podremos encontrar a fondo, sino al revés: ahondando sin descanso en los otros, y en lo Otro. Allí, únicamente allí, podemos realizarnos, colmar nuestro ser; **vemos** por fin, ahora sí, en plenitud. Los otros, lo Otro, ¿no serán en definitiva nuestro espejo verdadero, el único posible?

Tal vez por eso, entonces, se dispuso que no pudiéramos vernos jamás la cara con ojos directos. Tal vez por eso -lo decía antes- llevamos la nariz asomada tan hacia afuera de la cara, tan alejándose de nosotros, como si oficiara de dedo encargado de señalar la riqueza del mundo. "¡Por allí!", parece que nos va diciendo.

Y nosotros tendríamos que hacerle mucho más caso a la sabia nariz, aunque solemos verla como un órgano craso y vulgar, del que no esperamos tan alta clase de aleccionamientos.